

XXXII ENCUENTRO VERINES
LO QUE CERVANTES NOS ENSEÑÓ: INFLUENCIAS, PRESENCIAS Y
RECREACIONES CERVANTINAS EN LA LITERATURA ACTUAL

CERVANTES ME ACOMPAÑA

Ana Merino

Yo fui Chanfalla en una representación escolar adaptada cuando tenía diez años. Como era la segunda chica más alta de la clase siempre me tocaban papeles masculinos. Además era una niña muy andrógina y cuando me cortaban el pelo solían confundirme con un chaval. Haciendo de Chanfalla tenía que explicar que *El Retablo de las Maravillas* era nada menos que un retablo mágico, que mostraba maravillas y que lo había fabricado el sabio Tontonelo mirando astros y estrellas. Me hacía gracia el nombre de ese sabio Tontonelo que había nacido en Tontolandia y que al parecer tenía una barba muy larga. Me gustaba hacer de Chanfalla y hablar con autoridad y explicarles a todos que aquel retablo mágico era muy especial porque los vagos, los ignorantes, los incultos, los descuidados y los caraduras nunca veían nada.

Ese era el matiz de la adaptación infantil. No recogía la verdadera frase que decía: “*que ninguno puede ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio*”. De ese detalle me di cuenta años después, cuando recordando la ilusión teatral de aquellos tiempos infantiles, se me ocurrió leer y comparar los fragmentos de mi

memoria de niña de diez años con el texto original de Cervantes. Los educadores habían pensado que los niños éramos demasiado pequeños para poder entender las tensiones sociales de comienzos del XVII y la presión a la que estaban sometidas las gentes de aquella época.

Recuerdo también cuando Chirinos me informada de que el Gobernador era poeta, y yo, interpretando a Chanfalla exclamaba con alegría maliciosa: “*¿Poeta? Que bueno. Dale por engañado pues esos se creen todo y no piensan mal*”. Esa frase se me quedó grabada de tal forma que cuando gané el Adonais por mi primer libro de poemas, y la gente me felicitaba y me llamaba poeta, yo me acordaba de aquella escena, y me preparaba mentalmente para ser eternamente ingenua. En el original Chanfalla decía: “*¿Poeta? ¡Cuerpo del mundo! Pues dale por engañado, porque todos los de humor semejante son hechos a la mazacona; gente descuidada, crédula y no nada maliciosa*”.

Tenía razón Chanfalla, debido a mi condición de poeta y a la credulidad que nos caracteriza a los que tenemos ese humor, me he visto envuelta en algún que otro engaño. Soy de esas personas a las que fácilmente se las puede timar. Ahora evito contestar el teléfono, para no verme envuelta en tramas absurdas en las que me hacen creer que mi ordenador está lleno de virus y anda emitiendo señales que detecta Microsoft al otro lado del Atlántico. Mi temperamento lírico y dócil se cree todas la historias que le cuentan. Soy crédula y bien intencionada. Afortunadamente el profundo poso que dejó en mí la interpretación de Chanfalla me ha ayudado a desconfiar y por eso no le he dado las claves de mi ordenador a un pirata informático con acento pakistaní que se hacía pasar por técnico de Microsoft.

Hay un curioso debate sobre la conveniencia o no de enseñar el Quijote de Cervantes en edad escolar. En mi época del instituto tuvimos que leer El Quijote en versión original y a mí eso me pareció estupendo. Los que nacimos a comienzos de los setenta, ya estábamos familiarizados con toda la iconografía quijotesca gracias a esa serie de dibujos animados de 1979, en la que Fernando Fernán Gómez ponía la voz de Don Quijote. Recuerdo que la edición que leíamos tenía notas a pie de página y que me entretenía muchísimo descifrar el vocabulario de cada capítulo. No todos los de mi clase disfrutaban tanto como yo con las aventuras del ingenioso hidalgo. Algunos se quejaban amargamente de tener que leer un libro tan grueso y lleno de giros que consideraban demasiado extraños. Me encantaba que estuviéramos leyendo la prosa de comienzos del siglo XVII. “Es que por aquel entonces la gente hablaba así”, les decía a mis compañeros, mientras celebraba lo mucho que me gustaba el libro y lo bien que sonaban todas las palabras y giros gramaticales. Me llamaba mucho la atención esa forma de contar tan sugerente y distinta a la de otros libros que teníamos que leer para la clase, donde los protagonistas eran adolescentes como nosotros. A mí me parecía muy divertido que los protagonistas de aquel libro fueran dos señores mayores de otro siglo que estaban dando vueltas por los caminos y a los que les sucedían todo tipo de desventuras.

Siempre me gustó la forma de entender el mundo de Don Quijote. Sus reflexiones existenciales y sus consejos, me impresionaron de adolescente. A ellos he vuelto en repetidas ocasiones; me he refugiado en las palabras del caballero andante para enfrentar la malicia y tratar de dar sentido a mi intensa y emotiva

realidad. Los consejos que le dio a Sancho Panza antes de que fuese a gobernar la ínsula de Barataria deberían formar parte de los manual de operaciones de empresarios, políticos, gestores y todo tipo de personas que tengan poder, responsabilidades y trabajadores a su cargo. Don Quijote decía que deberíamos empezar por conocernos a nosotros mismos porque ese era el conocimiento más difícil que uno pudiera imaginar. Los consejos de Don Quijote eran claros y luminosos, y ese hombre simplemente perdía perspectiva cuando salía el dichoso tema de la caballería. Pero no le culpo yo también me he obsesionado con algunos temas y he terminado pisoteado por un tropel de seiscientos puercos ruidosos. ¿Quién no ha tenido alguna vez obsesiones circulares que les desvelasen?

Cuando muchos años después me pidieron que escribiera un poema Quijotesco, me salió un poema triste sobre el instante en el que Alonso Quijano el Bueno recuperaba la cordura. Lo titulé MORIRSE DE CORDURA y apareció en mi libro *Compañera de celda* (2006). Decía lo siguiente:

Ya tienes juicio,
se agota tu ser
desencantado
de saberse mortal,
frágil y cuerdo.

Todo lo que creías
era solo extrañeza
de sombras familiares
transformada en invento.

Los libros fabricaban
el aliento inmortal
de los que habitan

en los encantamientos.

Y tu eras invencible
imaginando anhelos
en las palabras huecas
de los miedos ajenos.

Ahora que la cordura
es tu epitafio
ya no podrá existir
lo que soñabas,
ya no podré vivir
en tu locura,
vestida de espejismo
cosido a tu mirada.

Recientemente intenté escribir otro poema de tema Quijotesco y me salió uno tristísimo sobre galgos. De niña siempre me fascinó el arranque del Quijote y al igual que me aprendí la primera parte de las coplas de Manrique a la muerte de su padre, también memoricé las líneas iniciales del Quijote: *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.*

En mi mirada infantil, asociaba las hojas de la marca galgo que me gustaba delinear y colorear con el galgo de Alonso Quijano. Los galgos tienen una mirada frágil que inspira ternura. Con los años descubrí que en algunas regiones de España resultan ser uno de los perros más maltratados, y que cuando ya no pueden cazar los matan sin contemplaciones. Una práctica insólita y despiadada que todavía perdura en el siglo XXI. Por eso mi poema Quijotesco sobre los Galgos habla de ellos y de lo miserables que somos los humanos.

GALGOS

En los pueblos nos ahorcan,
la vejez no vale nada.
Aunque seamos nobles y leales,
poco les importa a los hombres
nuestro sufrimiento.

El lamento de nuestra raza
se balancea nervioso
colgado de las copas de los árboles,
somos víctimas de nuestros propios amos.

Ni siquiera nos entierran,
se olvidan de nosotros,
nos quedamos rígidos,
nos volvemos despojo
que alimenta a los cuervos.

Duele ser un galgo,
duele el desapego
de los cazadores, de los hombres del campo
que nos ponen la soga
cuando estamos cansados
de correr tras las liebres.

Cuando escribí mi segunda obra de teatro *Las decepciones* (2014) quise hacer un homenaje al Quijote. Dos de mis personajes, Marta y Sara, que quería ser una poeta y otra autora de obras teatrales recomiendan encarecidamente a su amigo Mauro, que quiere ser novelista, la lectura del Quijote.

Marta le dice “Mira Mauro, si quieres crecer como escritor ponte a leer el Quijote”. Mauro que es vago y escéptico no responde con demasiado convencimiento y dice: “Creéis que a estas alturas me ayudará?”. A lo que Marta y Sara replican al unísono “ ¡Por supuesto!”. Mauro les preguntará si “ ¿Cuenta haberlo visto en dibujos animados?” y ellas no sabrán si reírse o desesperarse.

La trama se irá complicando pero para Sara, la falta de lecturas de Mauro, y su poco interés en incorporar la obra de Cervantes en su formación será un detalle clave. Sara reflexionará con sarcasmo e ironía sobre las limitaciones de su compañero y su forma de entender la escritura:

Sí Marta, no será Don Quijote de la Mancha la fuente de inspiración de nuestro querido amigo. Mauro despertará a la cordura como Alonso Quijano...el Bueno...Nuestro Mauro abominará de los libros de ciencia ficción y buscará en el tono realista de su nueva prosa guiños y chascarrillos con los jóvenes de su generación. Escribirá novelas apasionantes sobre la esencia de ser joven y hacer el idiota y, por supuesto, ser egoísta; eso sí, ser muy egoísta. Lo que vende es ser un poco cabroncete, menudo aburrimiento si contamos tu vida Martita, eres demasiado buena (con cariño) y un poco noña ¿eh? Lo que realmente vende es ser un necio, drogadicto que controla, y un tiarrón seductor y algo misógino y que folle mucho...; y claro, que ni estudie ni trabaje. Nosotras en esa ecuación no valemos nada (página 60).

Sara sentirá una gran empatía personal con Don Quijote, y le explicará a su amiga Marta como sus circunstancias le han llevado a transformarse en una especie de Dama de la Triste Figura. Sara ha quedado físicamente muy dañada al ser una de las víctimas de un ataque terrorista con bomba:

Mírame a mí, soy la dama de la triste figura. Mira cómo me he quedado, no sirvo ni para caballero andante. Bueno sí, la muleta puede dar juego (*la levanta y la observa*), es una lanza con la que puedo proteger a inocentes en apuros...; ya lo estoy viendo..., narrarán mis aventuras...De cómo la Dama de la Triste Figura aporreó a unos maleantes que quisieron robarle el bolso a una vieja...Del extraño modo con que fue encantada la Dama de la Triste Figura... De los sabrosos razonamientos entre la Dama de la Triste Figura y Marta, su dulce amiga...Serán aventuras dignas de ser contadas...Qué se preparen los farsantes, los charlatanes y los ególatras que se dicen escritores...con esta lanza y mi gran ferocidad (*agita la muleta*) los voy a poner a todos en su sitio(páginas 60-61).

Sara, cuando descubra que Mauro ha plagiado al profesor, le seguirá explicando la realidad a Marta en clave Quijotesca. Marta sentirá perplejidad e incredulidad ante la idea de que Mauro se apropiara de los materiales del profesor, pero Sara lo verá clarísimo, y se lo explicará aludiendo al plagio que sufrió el propio Cervantes con su primera parte del Quijote:

Es perfectamente posible. Marta, lo que ha hecho Mauro ni siquiera es original. Hay muchas tramas de novelas y películas con plagiadores, farsantes e indeseables por el estilo. Es la vida misma. Incluso el propio Cervantes sufrió los efectos de un aprovechado que hizo una versión apócrifa del Quijote, por eso escribió entre otras cosas la segunda parte. Hasta lo comenta para constatar la injusticia y el abuso en boca de Don Quijote. Sinvergüenzas como Mauro o Avellaneda han existido en todas las épocas (páginas 76-77).

La literatura y los avatares reales que suceden a su alrededor, ayudan a Sara a explicar el comportamiento humano. Mauro quiere ser escritor a cualquier precio aunque eso signifique robarle a su propio maestro.

En mi presente americano también pienso en Cervantes en muchas ocasiones. En estos quince últimos años he tenido estudiantes muy jóvenes que han tenido que ir a la guerra o han vuelto de la guerra. Nunca pensamos en los soldados que van al frente como los jóvenes inexpertos que son, y lo dolorosa y traumática que es la experiencia para todos los que están implicados en ella. Hablo de chicos de 18 y 19 años que se hicieron soldados para poder estudiar una carrera universitaria y que terminaron en el frente. Hablo de los que regresan con 25 o 26 años marcados para siempre. A veces me toca trabajar con esos veteranos que tratan de olvidar el infierno que vivieron y del que fueron parte. Motivarles para que lean y recuperen la confianza en su propio talento es complicado. Es entonces cuando aparece el Cervantes soldado que fue cautivo y sufrió el espanto de la guerra. Muchas veces los

estudiantes se sorprenden porque piensan que los escritores no pueden ser soldados. Asocian el ejército con una realidad alejada de la literatura. Pero les explico que la literatura la hicieron personas que sufrieron la realidad de su época. Fueron tiempos de guerra para Cervantes como han sido tiempos de guerra para mis estudiantes. Todos son herederos del impulso imperial de las nacionales en las que sirvieron como peones en el absurdo ajedrez de la vida y las políticas bélicas. Mis alumnos veteranos arrastran mucha pena y mucha rabia, pero Cervantes les reconforta y los acompaña.